

"Vamos hasta Belen, y veamos lo que ha sucedido." Y llenando sus cestas de sencillos presentes, dejaron sus rebaños y corrieron presurosos hácia la ciudad de David á la brillante luz de las estrellas. Movidas secretamente por un impulso de lo alto, al pasar por delante de la cueva, entraron en el pobre establo, y encontraron á María y á José velando sobre el Niño reclinado en el pesebre, segun el oráculo divino. Era la humildad, la pobreza, la sencillez de corazon, personificadas en aquellos rústicos, que venian á rendir el primer homenaje al Dios de estas mismas virtudes, recién venido sobre la tierra. Eran las primicias de los justos, á quienes se habia revelado el grande arcano, oculto aun á los poderosos de la tierra, que venian á alternar con los ángeles para celebrar el nacimiento de aquel Dios grande que dijo despues al universo: ¡Felices los pobres de espíritu, los mansos, los humildes de corazon! La Virgen no rehusó el informarse de lo que el ángel le habia revelado; pero conservaba todos estos gloriosos prodigios en el recinto de su corazon, y los cubria de un inviolable silencio, para mostrar, dice un antiguo contemplador, que era tan discreta su boca como casto su cuerpo. Los pastores regresaron á sus chozas alabando á Dios por lo que habian visto y oido, y llenaron de admiracion á todos cuantos reficieron las maravillas de aquella noche memorable. La Iglesia celebra en la media noche del 25 de Diciembre el nacimiento de Jesucristo, y en la aurora de aquel mismo dia el recuerdo de la adoracion de los pastores. Bajo las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo del templo de la aldea, resuena al flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazon de los primeros adoradores de Dios; armonía divina que enlaza la candidez del alma con los mas elevados designios de Dios sobre sus criaturas. Al oír los sencillos cantares de aquellos rústicos, tan inocentes como afortunados, á quienes se comunicó la nueva feliz, y al ver al Niño Dios sobre nuestros altares que se deja adorar por los niños y por los reyes, ¿qué pecho sensible no salta de un júbilo santo, anegado dulcemente en este océano sin fondo de candorosos misterios, que en medio de la desolada y aterida naturaleza, respiran todos la terneza y el amor?

En primero de año, celebra la Iglesia la fiesta de la Circuncision, en que la humildad del Criador se somete á la ley hecha para la criatura. Ignórase absolutamente la persona á quien cupo el honor de ser el padrino del Hijo de Dios, bien que, segun los Santos Padres, hay conjeturas para creer que San José fué su padrino. En esta circunstancia fué cuando recibió aquel nombre traído del cielo por un ángel, el nombre de Jesus, ante el cual doblan su rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos.

Este rito fué ordenado por Dios á Abraham, como un sello de la alianza y de las promesas que hizo á este patriarca y á sus descendientes, de los cuales formó el pueblo, especialmente querido, de que nacer debía el Hijo de Dios. Los árabes descendientes de Abraham, por Ismael conservaron esta ceremonia de la Circuncision, que ejecutaban cuando el niño tenia tres años, tiempo en que fué circuncidado Ismael. De los árabes tomarian este rito los egipcios y algunas otras naciones por ellos dominadas. La circuncision de la carne, segun advirtió ya el gran legislador hebreo, era un simbolo de la del corazon, esto es, de sus perversas propensiones, figura asimismo de la regeneracion bautismal.

El octavo dia de su nacimiento, fué circuncidado el Hijo de Dios y llamado Jesus conforme á la órden de su Padre celestial, cuya ceremonia, segun San Epifanio, se verificó en la cueva misma de Belen. Ved ahí una muestra asombrosa de humildad, que el impecable se sometiese á una ley que suponía el pecado y que figuraba el sacrificio de la parte corrompida de nuestra naturaleza.

La humildad, ved ahí la gran virtud sobre que descansa todo el misterio de la redencion humana. El orgullo es el que introdujo la muerte, y la humildad debia restablecer la vida. Los que no hayan penetrado la sublime y misteriosa economia de Dios en la reparacion del mundo, cual nos lo presenta la religion, estrañarán sin duda que el Mesias reparador aparezca en el mundo sin ninguno de los brillantes aparatos, al través de los cuales saben buscar únicamente los ojos del hombre la majestad y la gloria. Pero el mundo moral está sujeto á leyes muy distintas. La naturaleza humana, contaminada y decayda en su origen por la altivez de la criatura, necesitaba de un reparador, que por medio del mas profundo sacrificio de sí mismo, volviese á conciliarse la gracia y amistad de Dios que habia perdido: y aunque este reparador fuese el Verbo de Dios, convenia que apareciese con todas las condiciones de la humildad y del abatimiento á los ojos de los mortales, para quienes debia ser el modelo, aun cuando en el órden de los espíritus, esto es, en su propia persona, encerrase toda la grandeza y toda la gloria de la Divinidad. Humillóse sin degradarse, abatióse sin envilecerse: conservó en sí mismo toda la altura de un Dios, descendiendo á la infima condicion de la criatura. Como habia criado al hombre á su semejanza, no se desdenó de tomar su figura, sus formas, de sujetarse á sus miserias naturales, á sus sufrimientos, escogió el estado mas pobre y abatido: el desierto, la noche, el frio, la desnudez, aquí es en donde encerró para el mundo y para el universo la leccion sublime que era el objeto de su mision, la necesidad que tiene el hombre de humillarse para ser digno de subir, de abatirse para ensalzar

se. He aquí la felicidad que venia á traer al mundo: pero no al mundo altivo y orgulloso, no al mundo envanecido y endiosado, sino al mundo humilde, al mundo mortificado, al mundo sencillo y pobre de espíritu. ¿Y cómo, si hubiese nacido sobre un sòlo, rodeado de los brillantes pero efímeros atributos del poder, hubiera podido decir despues á la faz de la tierra: Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran, los mansos y humildes de corazon? Ved ahí toda la economía del cristianismo compendiado en el misterio de Bien.

Así que, no faltan palabras á la Esposa del Cordero para engrandecer al humilde Niño, circuncidado en una cueva como el mas oscuro niño de Israel. En él, á pesar de su espontáneo abatimiento, desaparecen las ceremonias de la ley antigua, disípaese el temor como una niebla impura, y nace y brilla una nueva alianza de amor entre Dios y los hombres. Jesús, rayo del verdadero sol y esplendor de la luz del Padre, lleva al nacer en su ensangrentado cuerpecito el oprobio de nuestros pecados, y esta pura sangre que tiene ya la virtud de borrarlos y que gotea de los miembros del divino Infante, es para nosotros como una prenda de que un día la derramará toda. El nombre que hoy recibe es la admiración del universo, y á él solo se postrarán el cielo, la tierra y los abismos.

Gloríense los conquistadores con un nombre que recuerda la destrucción de los pueblos sojuzgados. Esta es la gloria del orgullo y de la opresión. El nombre de Jesús, en medio de su humildad, es la gloria del libertador de los hombres. Este nombre es el único supremo que deben invocar la miseria, la desgracia, la horfandad, el desamparo: él es el único que puede hacer levantar los muertos de su sepulcro y hacerlos vivir eternamente.

En efecto, la humildad es la que trasformó la faz del mundo, y la que dispuso al hombre para recibir en sí la gracia y los beneficios inmensos de la religion. Ella es la que animó la fe, dió alas á la esperanza y sopló la llama de la caridad. Esta virtud era la mas desconocida en el mundo antiguo, aletargado en el sueño de muerte en donde le sumiera el orgullo. Los filósofos mismos, los que estudiaban al hombre y le daban lecciones para mejorarle, la ignoraban, ó la tenían, no por una virtud que significa fuerza, sino por una debilidad. La temperancia, la rectitud, el desprendimiento, el amor á la patria y á los hombres, hasta el olvido de las injurias y el hacer bien á los enemigos, fueron virtudes conocidas y predicadas, si no practicadas, por los antiguos sabios. Pero la razon humana, obcecada y vacilante, no podia dar por sí sola con el gran remedio que debía arrancar de cuajo la raiz pervertida que lesaba el corazon humano; no podia adivinar que el hombre, para engrandecerse, debiese

primero pasar por un voluntario abatimiento, no podian ni aun concebir que en la mayor flaqueza aparente cual es la humildad, se encerrase la mayor fortaleza, la mayor virtud, la fuerza asombrosa que quita el rayo de las manos de Dios y reconcilia la tierra con el cielo.

Los pastores y los reyes fueron las primeras tradiciones de que nos hablan las primitivas historias, y las mas análogas á la primitiva sencillez de las sociedades. Los primeros gefes de las familias fueron pastores y reyes á un mismo tiempo, reuniendo á la sagrada corona de la paternidad las riquezas y la simplicidad de costumbres de la vida pastoral. El mismo Jesucristo, que es el rey de los siglos y el símbolo perfecto de todas las grandezas humanas, se nos ofrece á sí mismo como á un buen pastor de almas. Y á pesar de la refinada corrupcion á que han descendido las sociedades, los sencillos creyentes se reunen todavia bajo el báculo paternal de su pastor que representa en la tierra al Pastor universal de toda la grey cristiana.

Y así como los pastores de Judá habian tomado la iniciativa de prestar el homenaje al Dios recién nacido, debian seguirles los sabios y los reyes de la tierra.

No tardó, pues, mucho tiempo despues del nacimiento de Jesús, á ser éste revelado por medio de los astros á grandes distancias. Magos ó sabios, en la Caldea se dedicaban á estudiar el curso de las estrellas, porque la astronomía, en la sencillez de las antiguas costumbres, ejercia una grande influencia en el elemento moral del espíritu humano. Nada presenta á la imaginación una sombra mas magnífica de lo infinito; ó mas bien, nada en el mundo de los cuerpos refracta mejor los rayos de aquella grande idea, que estos espacios, los cuales parece desafian el poder y la capacidad de nuestro pensamiento; estas fuerzas, que recorren distancias incalculables con tal celeridad, que estas mismas distancias, cuya sola idea nos confundía, quedan á su vez como vencidas y devoradas por el movimiento. No, jamas nos penetra tan vivamente la idea de orden, como cuando entrevemos una complicacion infinita de movimiento en el seno de una calma inmensa.

Enseñanos la historia del espíritu humano, que esta ciencia gloriosa es la primojénita de las ciencias físicas; que fué la primera en producirse y desarrollarse, ya durante su infancia en la antigüedad, ya al partir de la adolescencia en los siglos modernos. Los sabios, pues, que la cultivaban, instruidos sin duda en las primitivas tradiciones, divisaron una estrella de primera magnitud, y por su marcha extraordinaria ó por otras no menos ciertas señales, reconocieron en ella la *estrella* de Jacob, vaticinada, no solo por los oráculos hebreos, sino por las viejas tradiciones de la Ara-

bia. No hay duda que á estos sabios, á quienes la tradicion presenta tambien como reyes ó príncipes, les ilustró el corazon el fuego de una luz celeste, así como les hería los ojos el nuevo astro; y no dudaron ya que el Rey de los judíos, anunciado por los profetas y esperado por las naciones, habia sido por fin dado al mundo. Resueltos, pues, á ir en busca de este nuevo Rey divino y de presentarle sus homenajes, hicieron sonar las trompetas de la partida. Dejando tras sí la ciudad de los Seleucidas y las silenciosas ruinas de Babilonia, tomaron el arenoso camino de la Palestina; guiándoles y precediéndoles la nueva estrella, como la columna de luz á los hijos del desierto, pues aquel astro carecia de regularidad en su movimiento, y seguia maravillosamente los varios giros y movimientos de los ilustres viajeros. Divisaron por fin las altas torres de Jerusalem, y la estrella se ocultó en las profundidades del cielo, como una criatura inteligente, dice Orsini, que descubre un cercano peligro. Los sabios del Oriente no titubearon en entrar dentro de la capital para saber desde allí el lugar donde se albergaba el Rey recién nacido; como así lo preguntaban públicamente con el mayor candor, añadiendo: porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle. Heródes, rey tributario, aborrecido de los judíos, informado de que unos estranjeros de alta categoría iban en busca de un Niño á quien estaba prometida la soberanía del país, y cuya estrella han divisado; no levantando sus ojos mas allá de una corona temporal, quedó sorprendido y espantado, por una rivalidad poderosa que amenazaba su trono mal seguro. La turbacion y la inquietud se difundieron por entre todos sus esclavos y por toda la ciudad, la cual se conmovió por motivos distintos de los de Heródes, pues era detestado.

Reunió luego éste los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley para saber de ellos en qué lugar debia nacer el Mesias, y la respuesta unánime fué: En Belen de Judá, segun los oráculos formales del profeta; y aun añadieron los ancianos de Israel, que tocando ya á su fin las últimas semanas de Daniel, los tiempos del Mesias no podian estar muy léjos. Hizo pues llamar los magos en secreto, y los estrechó con preguntas sobre el tiempo en que habia aparecido la estrella. Y despidiéndolos para Belen les dijo: "Id allá á informaros exactamente de este Niño; y cuando le hubiérais hallado, hacédmelo saber, para que vaya yo tambien á adorarle."

Una circunstancia de muchos desapercibida, es la que nos llama por un momento la atencion, y esta circunstancia notable se encierra en la promesa que hizo Heródes á los magos, de ir él tambien á adorar al Niño luego de sabido el punto de su nacimiento.

En la persona del rey de Judea nos parece ver exactamente retratados los perseguidores mas terribles del cristianismo. No era por cierto tan terrible ese tirano sanguinario cuando, reclinando en su impotente furor, hacia derramar por las llanuras de Belen arroyos de inocente sangre, como cuando encubriendo su atroz designio, pedía á los santos viajeros que le informasen del lugar donde naciera Jesus, para ir á tributarle sus homenajes.

La persecucion contra Jesucristo y sus discípulos fué cruel é inhumanamente feroz durante los primeros siglos; pero abierta y declarada. Enrojecida entonces la Iglesia con la sangre de sus propios hijos, que la cubria como una púrpura de gloria, veia brotar palmas y laureles tan hermosos como las virtudes de los fieles; y mientras mantenía acá en la tierra el heroismo de la caridad y la constancia del martirio, enviaba á la Iglesia triunfante coros gloriosos de justos que recibían en el cielo las recompensas inmortales de su espontáneo sacrificio. Mas cuando hubo cesado la persecucion de los autiteatros y patibulos, empezó la persecucion de la hipocresia, mucho mas desastroza que la del cuchillo. Nuestro siglo, sobre todo, fatigado, ya de luchar con todas armas, ha escogido la de la astucia y del amago como la mas propia para triunfar sin obstáculo, y la que mas insensible y disimuladamente apaga en los espíritus tímidos ó vacilantes la llama santa, que quizá atizaria el soplo vivo de una persecucion sangrienta ó descarada.

Así que, vemos en nuestra época puestas en boca de todas las condiciones de la sociedad las últimas palabras del monarca de Jerusalem á los hijos del Oriente que buscaban á Jesus: luego que le hubiérais hallado, dadme aviso, para que yo tambien vaya y le adore. Yo tambien quiero adorarle, dice quizás el hombre de poder, aquel en cuyas manos se halla la suerte de un gran pueblo, mientras tolera la blasfemia, el despojo, mientras lloran desiertos los caminos de Sion. Yo tambien quiero adorarle, dice el político, el hombre de las teorías y de los sistemas, que ha declarado la guerra á las instituciones de caridad, y á todos los recuerdos venerables y testimonios vivientes de la fé de nuestros padres. Yo tambien quiero adorarle, dice el filósofo, mientras está sembrando con sus doctrinas el germen de una filosofia, cuando menos incierta en sus principios y tendencias, que se dirijen ó á materializar al hombre, ó á dar á la ciega razon el imperio sobre todas las verdades, ó á establecer como base universal la duda ó la indiferencia en que se adormezcan torpemente el pensamiento ó el corazon. Yo tambien quiero adorarle, dice el poeta que se vale de los dogmas terribles y sacrosantos de la fé, como de una nueva y her-

mosa mitología, y bajo dudosos lemas entona himnos á las pasiones divinizadas.

¿Y por qué el rey de Judea amagaba en su pÉrfida hipocresía un golpe de muerte al Niño Dios? Porque era un tirano temido y detestado, porque temblaba sobre su trono, suspicaz, sombrío, sanguinario, que temía perder á cada momento el cetro que casi se le escapaba. Ese Mesías poderoso, ese vencedor del mundo, tal como él se lo figuraba, le llena de sobresalto y le alarma: no es el Dios, quien hace estremecer al viejo monarca, es el príncipe. Parecele ver ya restablecida sobre el trono de Judea la casa real de David, y el nuevo vástago, dominando con orgullo sobre aquel sÓlio, que él habia ya enrojecido con su sangre. ¡Insensato! en su ceguera abominable, no conocia los altos designios de Dios, ni el verdadero carácter del rey á quien anunciaban los astros y los reyes. Ved ahí prefigurada también en Heródes la obcecacion, la suspicacia, los impotentes esfuerzos de todos cuantos le han sucedido en perseguir la religion de la cruz. Casi todos los gobiernos han desterrado de la sociedad el nombre augusto de Jesucristo, para nada cuentan en sus caducas y vacilantes legislaciones con el legislador eterno, temerosos de que su ascendiente en los corazones de los pueblos, ponga coto á sus planes de predominio. Los sabios del mundo, los que pretenden abrogarse el derecho divino de regenerar la humanidad haciéndola marchar por nuevas y quiméricas sendas de mejoramiento progresivo, temen también á Jesucristo. La sencillez arrastradora de la verdad que emana de la palabra de Dios, y que como una espada de dos filos, llega á dividir el alma del espíritu, les embaraza, les confunde, es un obstáculo insuperable á sus planes de desolacion y de muerte. Los hombres endiosados, los hijos de las tinieblas, los que vejetan en la corrupcion y en el egoismo, temen también á Jesucristo; y ved ahí la guerra de muerte que le declaran. Con todo, su dulcísimo nombre tiene aun adoradores fieles sobre la tierra, que detienen quizás la destruccion del mundo. No es posible lidiar frente á frente con un Dios cuyo amor es una necesidad para la inteligencia y para el corazón. Preciso es disimular, y decir con el hipócrita Idumeo: *¿En dónde está este Dios, que yo también iré á adorarle?*

De este modo, pues, pensaba Heródes asegurarse de aquella cuna que tanta inquietud le daba, y de la cual publicaba ya la fama tan grandes maravillas, y ahogar sin dificultad unos destinos que nacian y que ninguna mano de hombre defendia. Los magos, por su parte, con la ingenuidad de su corazón y acostumbrados desde su infancia, como todos los reyes de Persia, á decir la verdad, no pudieron sospechar tanta perfidia en el falso y suspicaz Idumeo, y atravesando otra vez la ciudad santa con

sus plegadas tiendas y su brillante comitiva, salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco, y se dirigieron hacia la ciudad de David. Despues de haber atravesado profundos barrancos cortados por colinas, apareció en su zenit un punto brillante, que descendió rápidamente sobre ellos. *¡La Estrella!* gritaron todos á una voz, y la estrella, la misma que habian visto en Oriente y que habia guiado sus pasos, fué á colocarse sobre la cueva del Niño Dios.

Absortos y llenos de un santo respeto, no quedaron arredrados por lo humilde y desmantelado del sitio; y los adoradores del sol, los sabios y potentados de la Arabia, primicias ilustres del gentilismo convertido, y como los representantes de todo el universo idólatra, entraron en aquella choza con la misma veneracion que al mas suntuoso templo. Su fé no vaciló ni un momento, porque era conducida por el amor y la humildad de su corazón, y abriendo sus cofreitos, le presentaron por ofrenda sus tesoros, junto con mirra y con incienso, triple símbolo del principado, de la humanidad y de la divinidad del Niño que adoraban. Los padres de Jesus quedaron gratamente sorprendidos de ver aquellos maguates, venidos de tierras lejanas, que se postraban á los piés del divino Infante, haciendo tocar hasta el polvo sus frentes respetables. Maria, sobre todo, contemplaba atÓnita y jubilosa aquella escena espléndida de gloria, en la que brillaba ya á la faz del mundo la majestad de su querido Hijo, tan humildemente velada, y este era el último periodo de grandeza de que debia disfrutar su alma, á la que estaban reservados tantos dias de amargura y de dolor.

Disponianse los Santos Magos á ir á encontrar al rey en su palacio de Jericó, segun se lo habian prometido, no sospechando ni por asomo sus atroces proyectos, y noticiarle el lugar donde habia nacido el Mesias: pero un ángel del Señor les advirtió en sueños los negros designios de aquel rey pÉrfido, y les indicó que mudasen de camino.

“Los discípulos de Zoroastro, dice el amable historiador de Maria, dieron gracias á *Aquel cuya tienda está en el sol*, atribuyeron esa revelacion nocturna á su genio tutelar, y mereciendo por su grande docilidad el dón de la fé, que recibieron mas tarde, en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del Lago maldito, que refleja sobre sus pesadas y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirigieron la cabeza de sus camellos por el lado del *Grande Mar*, y se creyeron trasportados á las llanuras sembradas de rosas que bañan el Eufrates y Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria.”

Los cristianos han colocado un altar en la iglesia subterránea de Be-

len, en el lugar mismo en donde estaba la Virgen María cuando presentó su Hijo á la adoracion de los magos.

Nadie ignora que estos ilustres peregrinos, llamados por el cielo y venidos libremente á saludar la cuna del Dios Infante, fueron siempre mirados como las primicias y los símbolos vivientes de la vocacion de los pueblos al banquete de la fe. El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que desciende de la boca de Dios. Pero, á diferencia de las criaturas materiales, que van allá donde las conduce una fuerza superior é irresistible, el hombre, criatura inteligente y libre, es llamado con obligacion rigorosa, es verdad, pero no por una necesidad fatal, á corresponder. Por esto es libre de escojer la verdad para nutrirse de ella, y es criminal en abandonarse al error, y en buscar en la ignorancia ó en la mala fe una justificacion hipócrita de los descarríos de su corazón.

Es sabido tambien que la antigüedad cristiana ha considerado siempre en el llamamiento sucesivo de los pastores y de los magos, una indicacion del órden seguido en la difusion del Evangelio. Los pastores son llamados primero á la cuna de aquel que venia á socorrer á todos los hombres, pero sobre todo á los pobres, á los desamparados y á los humildes: los sabios y los poderosos son llamados en segundo lugar, y llegan mas tarde, como si estuviesen mas lejos de la simplicidad y de la abnegacion evangélica, por el orgullo de la ciencia y la seduccion de la riqueza. Esto mismo se vió tambien en los primeros siglos, los débiles y los pequeños entraron en tropel y sin retardo á la Iglesia: los Césares no pusieron en ella los piés sino al cabo de tres siglos.

Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesus, María se presenta al templo para cumplir con la ley de su pais, aunque estuviere de ella dispensada por el carácter maravilloso de su alumbramiento. Todas las mugeres que habian dado á luz un hijo, debian ofrecerlo en el templo, y sujetarse ellas mismas á la ceremonia de su propia purificacion.

No seria de estrañar que se admirase á primera vista el sencillo creyente al oír hablar de la purificacion de María; pues por lo comun no se purifica sino lo que está impuro. Pero los misterios de la religion, en medio de sus insondables profundidades, ofrecen una doctrina sublime, é inspiran la practica de aquellas altas virtudes que el Hijo de Dios vino, por decirlo asi, á divinizar sobre la tierra, y que el hombre no conocia.

La humildad es una virtud esencialmente cristiana, lo mismo que el amor á los enemigos. De las otras virtudes morales podia antes tener el hombre una idea, aunque imperfecta y oscura, que se conocian en su alma como vestigios de su elevado origen. Por esto Jesucristo, desde el techo de Belen hasta el arbol de la Cruz, santificó por si mismo esta vir-

tud divina, y su vida no fué mas que práctica no interrumpida de amor y de humildad.

Acércase el gran dia en que el suspirado de Israel va á enlazar la ley antigua y la ley nueva, las sombras y la realidad, las promesas y el cumplimiento. Despues de haberse hecho adorar por principes gentiles, que le ofrecieron en tributo lo mas grande del hombre, la sabiduria y el poder, debia este Sacerdote eterno recibir en homenaje la adoracion de los judios, de quienes esperaba la muerte, pero en cuyo pueblo debia establecer la piedra fundamental del reino de su Padre.

María, cuya alma entraba ya en los arcanos y misterios de la redencion, conoció que su divino Hijo, como lo dijo despues él mismo, no habia venido á deshacer la ley sino á cumplirla. La mas pura entre las hijas de los hombres quiso confundirse entre las demas mugeres, y la misma razon que le habia hecho elejir un esposo, la conduce hoy al pié del santuario.

Moisés habia impuesto tres leyes á las mugeres que parian varon. La primera, mandaba que la muger fuese tenida por inmunda los primeros siete dias, y escluida como tal de la comunicacion popular, pero en otros treinta y tres dias no podia entrar en el templo ni tocar cosa santa. La segunda ley era, de la presentacion del infante en el templo, pasados los cuarenta dias, sin distincion de sexos, ofreciendo por él un corderillo de un año ó un pichon ó tórtola, y si no podian cordero, dos tórtolas ó pichones, bello simbolo de la castidad, uno para el sacrificio del fuego que llamaban holocausto, y otro para otro género de sacrificio que llamaban *sacrificio por el pecado*. Llevaba la madre á su hijo al templo, lo entregaba al sacerdote en la puerta del tabernáculo, el cual, tomándolo en sus manos, lo llevaba hasta cerca del altar, y levantando al niño delante de Dios, se lo ofrecia, y daba gracias por aquella nueva criatura racional. Recibia despues la ofrenda por el sacrificio, el cual, en sentir de San Agustin, se ofrecia por el niño para purgarle de la culpa original en que habia sido concebido. En esta ofrenda se confesaba la muger por pecadora, y pedia al sacerdote que orase por ella. Con esto quedaba ya purificada.

La tercera ley era particular para los primojénitos. En memoria de haber Dios esterminado todos los primojénitos del Egipto, para librar á su pueblo de aquella fiera servidumbre, reservó para sí todos los primojénitos de Israel, que se le ofrecian en el templo. Si eran hijos de levitas se dedicaban al culto del Señor; y si no lo eran, los redimian sus padres por cinco siclos, moneda de plata, que segun Josefo, pesaba cuatro dracmas Atticas.

Todas las tres leyes viene á cumplir hoy en el templo la Madre del

Redentor. Por la primera vez se acerca á estos umbrales sagrados una Madre Virgen, llevando por humildad las ofrendas que servian para expiar la inmundicia; y el Rey de los cielos va á ser ofrecido á su Eterno Padre bajo la imagen de los tiernos palomos. La Divinidad debía estar aún oculta entre los hombres, y el Dios adorado de pastores y de reyes debía ser ofrecido entre los pobres.

Ni la maternidad, ni el Hijo, ni la ley obligaban á Maria. Cuando Dios dictó al legislador de los hebreos la ley de la purificacion, lo dijo solamente: *Mulier si suscepto semine pepererit.* ; Qué legislación humana hubiera hablado así! Una tal condicion parecería inoportuna y aun ridicula á los ojos de los hombres, pero en ella se encerraba el futuro arcano de una maternidad virginal, y era un preuncio sublime de la exencion de Maria. Sin embargo, tan alto privilegio fué rehusado por la que se confesó esclava del Señor.

Maria, pues, no fué á purificarse, sino á venerar el misterio de la purificacion. Acabó con esto de hollar la cabeza á la orgullosa serpiente, y fué despues exaltada por su portentosa humildad. Se cumplieron las profecias sublimes de Ageo y de Malachias. "¿Quién ha quedado de vosotros, esclamaba el primero en un éxtasis divino, que viese esta casa en su primera gloria? No tardará mucho en venir el deseado de las gentes, y llenará de gloria esta casa (dice el Señor de los ejércitos), y será mayor la gloria de esta casa última que la de la primera." ¿Quién negará que el profeta entendió hablar del segundo templo de Jerusalem, glorificado por primera vez con la presencia real de Jesucristo?

Los brazos puros de la Virgen eran el alto trono de su gloria; este templo, menos suntuoso que el de Salomon, fué mas augusto y glorioso que el de aquel hijo de David. Oigamos la voz profética de Malachias: "Sabed que envío mi ángel, y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buscáis."

Abrese, pues, el templo á la Madre y al Hijo. El viejo y afortunado Simeon se siente inspirado de repente por una luz sobrenatural, como si el divino Niño hubiese dejado escapar un rayo de su divinidad. Absorto, oprimido de placer, mira entre sus brazos trémulos al deseado de las naciones, le adora, le estrecha contra su corazon, mas dichoso que Noé cuando vió en el pico de la paloma el olivo de misericordia. Un cántico de gratitud y de amor se escapa de sus labios; el júbilo embarga su voz, y su corazon arrobado ya no teme la muerte. Judío en la religion y cristiano en la adoracion, es el último justo de la ley y el primero de la gracia. Mas feliz que todos los patriarcas y profetas, oye el infante divino y se santifica en medio de sus caricias. La virtuosa Ana, de la tribu de

Asser, participa tambien de tan soberana ventura, y reconoce al libertador de Israel.

Simeon se siente poseido por el espíritu del Señor. Un dolor profético arranca un suspiro de sus labios. Mira á la Madre y llora. ; Gran Dios! ; Qué funesto preuncio! El Hijo tierno, el inocente, el Divino Jesus... el corazon de su Madre herido de muerte... el Gólgotha... Mas no turbemos con tan tristes presagios el purísimo júbilo del soberano misterio que con esta festividad nos recuerda la Iglesia.

Maria, pues, sin tacha y sin mancilla, obedece con humildes sentimientos á una ley que no le concernia; y presenta la ofrenda, no de los ricos sino de los pobres: las mugeres ricas daban un cordero, las pobres dos tortolillas. El hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al consolador de Israel y á la salud del mundo, habia conocido proféticamente que no moriria sin ver antes el objeto de los votos que con tanto ardor alimentaba. Quiso Dios que este Simeon llegase al templo en el instante mismo en que Maria y José presentaban á Jesus. Y en un arrebatado de santo júbilo pronunció aquellas tan celebradas palabras.

Llegado ha ya el momento
En que puedes, Señor, á este tu siervo
Llevarte de esta vida,
Por quedar tu palabra ya cumplida.
Pues que vieron mis ojos
Al suspirado Salvador del mundo,
A la faz presentado
Del orbe entero que le vé admirado.
Será luz de las gentes
En este triste y lóbrego destierro,
Y de inmortal memoria
Será del pueblo de Israel la gloria.

Maria y José escuchaban estas palabras magnificas con sorpresa y admiracion; y el noble corazon de Maria se abria á los designios esplendidos de Dios sobre su Hijo, como se abre una flor delicada ó húmeda del rocío á las rayos vivificantes del sol. Pero las palabras de aquel anciano venerable, dirijiéndose á Maria, derraman en su alma aquellas gotas de amargura que la acibararon toda la vida, y que la hicieron mártir hasta la muerte. "Este Niño ha venido para la muerte y la resurreccion de muchos en Israel: será el blanco de las contradicciones; y vos misma, cuando se habrá descornado el velo de los pensamientos de muchos, ten-

dréis el alma traspasada de dolor como por la punta acerada de un cuchillo."

A estas palabras se reveló á los ojos de la Madre el triste y horroroso cuadro del porvenir. Las acingas palabras de Simeon, dice el historiador de María, repetidamente citado, hicieron encorvar su cabeza como un viento de tempestad; y su corazón, en el cual pasaba una escena muda de martirio, experimentó una cosa semejante al contacto de un hierro candente, que se hundiera lentamente en carne viva y chorreante. ¿Qué sería de nosotros si pudiéramos ver con anticipación las tormentas terribles que han de destrozarnos nuestro pecho? Dios nos ha ocultado lo futuro, para que el aspecto lejano del infortunio no arrojase hiel sobre los momentos presentes, y no prolongase indefinidamente nuestros martirios, aun antes de sufrirlos. Este velo de incertidumbre, que nos hace menos infelices, se alzó para crucificar el alma de María, y se le dió á beber en todos los instantes de su vida la copa envenenada del dolor. Ya en aquel momento aceptó el cielo el sacrificio interior que le hizo la Madre de la vida del Hijo: ya entonces fué grande en su dolor á los ojos de Dios la heroína del Calvario. "No solamente, dice San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino también los justos, los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una virgen concibe, una muger estéril pare, un mudo habla, Elisabeth profetiza, un mago adora, un niño en el seno materno salta de gozo, una viuda confiesa esta maravilla, y el justo la espera."

Lo que conmovió de júbilo y de fervor á un santo viejo y una pobre viuda, Simeon y Ana, no hizo la menor impresion en el pecho endurecido é indiferente de los sacerdotes y doctores que se hallaban en el templo, y á cuyos ojos carnales la luz de Israel no era mas que una columna de tinieblas. Corrompidos sus corazones por el amor al oro, y obcecados sus entendimientos con el orgullo, los príncipes de la Sinagoga habian degenerado de la noble sencillez y fervor de sus predecesores. Este momento solemne, vaticinado por Ageo, pasó para ellos desapercibido. Ejercian sus funciones sagradas por pura costumbre ó por ambicion, y tal vez los mismos labios que allí maquinalemente cantaban himnos de alabanza al Eterno, debian gritar mas tarde: *¡Reo es de muerte! ¡Crucifícadle!*

El recuerdo de estos maravillosos sucesos y del día en que se verificaron, está consagrado por una fiesta fijada en el día segundo de Febrero, y fué por largo tiempo solemnizada en todo el orbe católico con el mismo descanso que el día del Señor, y aun así la solemniza en el día la católica España.

Apenas habieron tenido su cumplimiento estos misterios, y poco tiempo despues que los dos santos esposos con su hijo habian regresado á Galilea; Dios, que no queria dejar abandonado al divino Niño á la suspicaz crueldad de Heródes, dió á entender á José, que debia huir á una region extranjera. "Levántate le dijo un ángel, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto, y permanece allí hasta tanto que yo te avise, pues Heródes va en busca del Niño con intencion de darle la muerte." Azorado José, se levanta, va á interrumpir el tranquilo sueño de María, que dormia junto á la cuna de su Hijo; la cual, haciéndose cargo de lo terrible de su posicion, se dió prisa á verificar en pocos momentos los preparativos para la marcha. En medio de la noche, en una estacion helada, al través de caminos ó sendas ásperas y solitarias, apartadas de las habitaciones de los hombres, por entre las honduras de los valles y las espesuras de los bosques y por veredas penascosas y dificiles, es como deben emprender su camino los santos esposos. A José, como jefe de la familia, es á quien comunicó el ángel las órdenes del Señor. No envidió María esta preferencia, ni aun le ocurrió esta idea; aunque parecia que la órden del cielo debia dirigirse mas bien á ella, pues, en cierto sentido, era mas digna de este favor que José; el Niño pertenecía á ella sola, y en él debia interesarse mas vivamente que José. Y si María no recibia sola el celeste mensaje, ¿no podia el ángel del Señor darle este aviso al mismo tiempo que á José? Hé aqui las reflexiones que hubiera hecho consigo mismo una alma menos perfecta que la de María, y susceptible de amor propio. Pero ella no las hizo, y nos enseña á no hacerlas en ocasion semejante, y á recibir con respeto las órdenes del cielo por cualquier camino que se digne instruirnos. Mas ¡qué nuevo motivo para ejercitar la fé de María! ¡Su Hijo, el Hijo del Altísimo es perseguido de muerte, y es preciso procurar su seguridad como la de un niño cualquiera! ¿No tiene Dios bastante poder para sustraerlo á la crueldad de Heródes, sin necesidad de huir? ¿No tiene en sus manos el corazón de este tirano atroz? ¿No es el árbitro de su vida? ¿Cómo un infante, cual Jesus, para quien el cielo debiera prodigar los milagros, ha de correr los peligros y los inconvenientes de una huida precipitada á una tierra estraña? ¿No era muy natural que ocurrieran á María estos y muchos otros semejantes pensamientos? ¿Debía ella esperar, atendida las magnificas promesas del ángel, que su Hijo, apenas nacido, estaria espuesto á perecer bajo el cuchillo de un perseguidor?

De otra parte, ¿qué asilo buscarán en Egipto, en un país desconocido? ¿Cómo subsistir allí? María es pobre: no tiene otro recurso que el trabajo de José. ¿Y cómo podrá ejercer un oficio y hallar las proporciones

necesarias? Es una tierra de idolatría, en donde los judíos, adoradores del verdadero Dios, son aborrecidos del pueblo. ¿Qué destierro!; A qué terribles extremos vamos á vernos reducidos! Y á mas ¿cuánto tiempo durará este destierro? El ángel no lo ha dicho, y en esto nos ha dejado de la incertidumbre mas cruel. ¿Qué prueba para una madre tal como María, y para la madre de un hijo tal como Jesús!

Motivos eran estos sin duda para sumir á María en la mas violenta turbacion, si hubiese estado menos abandonada á Dios, y menos confiada en los paternales cuidados de su Providencia. Mas ella no tuvo la menor inquietud voluntaria, ni para ella ni para su Hijo. Sufrió todo lo que debia hacerla sufrir en este lance la ternura maternal, pero su virtud no varió por esta prueba. Obedeció y partió de noche con José, teniendo el Niño entre sus brazos; al paso que su esposo comprendió muy bien, que no habiendo llegado todavia el momento solemne de la manifestacion de Cristo, Dios queria salvarlo de las asechanzas de Heródes, por medios sacados de la simple prudencia humana.

Aunque realmente la tradicion, como dice el moderno historiador de María, calla sobre la mayor parte de este interesante y peligroso itinerario, es indudable que los Santos viajeros tuvieron que hacer largas y penosas marchas de día y de noche, aprovechándose para descansar de las espesuras de los bosques ó del mal seguro abrigo de las cavernas. Parece, segun el recuerdo tradicional, que antes de salir de la Palestina, hicieron tránsito por Belen, que era como el cráter del volcan de cuya explosion huian; tal vez para proveerse de lo necesario, ó para asociarse á alguna caravana que les condujera por los Desiertos de la Siria. Segun los eruditos cálculos de los cronologistas, partieron de Gaza los tres caminantes, atravesando los abrasados arenales del desierto, atormentados de sed y de cansancio, pasando las noches sobre esteras de junco y entre la languidez del calor y el soplo helado de la noche. . . .!

Al fin, despues de mas de cien leguas de viaje, se les ofreció la vista de Egipto, "esa antigua cuna de todos los conocimientos y de todas las idolatrías, con sus obeliscos, sus templos, sus pirámides colosales." Pero este pais, por soberbio y rico que apareciese, no era su patria, ¿era el suelo del destierro! Parece que este suelo se conmovió bajo las tiernas plantas del desterrado de Galilea, y como si este hubiese querido reconocer la hospitalidad que en él habia encontrado, dejando allí un gérmen fecundo de fé y de caridad. Los antiguos dejaron escrito que los árboles se ajitaron, ó encorvaron sus ramas al pasar el Dios oculto, que los árboles vacilaron sobre sus aras y cayeron hechos pedazos. Lo que hay de cierto es, que Egipto prestó á la predicacion evangélica un oido mas dó-

cil que la mayor parte de las otras regiones del mundo, y que allí se vieron florecer rápidamente y con brillo inaudito todas las virtudes del cristianismo. Aquel era como el jardín de la Iglesia primitiva, en donde los mártires, los anacoretas y los doctores, á manera de flores radiosas, derramaban á gran distancia la suavidad de los mas ricos perfumes.

Escritores del cuarto siglo, apoyándose en respetadas tradiciones, dicen que el Señor habia penetrado hasta Hiermópolis, la patria de Moisés, á mas de doscientas leguas de Jersalem: José y María atravesaron la ciudad del Sol, y se dirijieron á Matarich, lindo pueblo, abundante de regaladas sombras y con un manantial de agua dulce.

Entre tanto Heródes, habiendo esperado inútilmente á los magos, conoció que le habian burlado, y bramó de coraje. Impelido ademas por su habitual suspicacia, y naturalmente cruel hasta el punto de no perdonar á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que ha quedado famosa aun entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer perecer á todos los niños de dos años abajo en Belen y en todos sus contornos, esperando alcanzar con este general degüello al que se habian atrevido á saludar como Rey de los judíos. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremías: "Oyóse en Rama una voz, llantos y alaridos lamentables; Raquel lloraba á sus hijos, y no quiso recibir consuelo, porque ya no son." Pero la crueldad de Heródes le fué inútil, ya porque el Rey de los judíos estaba fuera del alcance de su espada, ya porque iba tambien él mismo á sucumbir, no llevándose consigo otra cosa mas que el horror y la execracion de sus contemporáneos. La historia ha conservado el dicho del emperador Augusto, cuando supo la trágica ejecucion de Belen; y la Iglesia, fiel á la memoria de todos aquellos que son victimas de la fuerza brutal y que sufren por la justicia, honra como mártires á los inocentes que cayeron bajo la espada de Heródes.

Pocas escenas de horror y de barbarie manchan las páginas de los anales del mundo comparables á la que presentan en este día los fastos del naciente cristianismo. Los hijos de Zoroastro, los tres sabios de Babilonia habian pasado por Jerusalem, y habian preguntado al tirano que ocupaba entonces el trono de Judea, en dónde estaba el recién nacido Rey de los judíos. Turbada la mente del déspota que temblaba siempre sobre su sólo, inquieto su sombrío pensamiento y devorada por la ambicion su negra alma, concibe un proyecto de seguridad que hace estremecer las entrañas y degrada hasta el último punto la condicion humana. El ejemplo de la cruel Atalia, que por haber olvidado un niño en la cuna en la moriandad de la familia real de Judá, este niño le quitó el trono y la vida, le aterra; y decreta con increíble audacia el esterminio

de una generacion inocente. ¡Oh madres de Judá! ¡Cuál debía ser el estreñimiento de vuestras almas, cuando hasta falta valor al pensamiento y fuerza á la fantasia para figuraros abrazadas con las rodillas de los viles asesinos de vuestros hijos, pidiendo á grandes gritos la piedad ó la muerte! Resonar debian las calles, las plazas, los campos, los desiertos, con el abullido penetrante del amor maternal sin esperanza. Los tigres y las panteras hubieran huido horrorizados de la vista de los satélites del monstruo. Los tiernos párvulos, arrancados del regazo que los estrechaba, ó del pecho que los nutria, recibiendo la daga feroz que se hundia en su tierno cuerpecito, y espirando con las manecitas tendidas hácia la madre que cae de dolor. ¡Oh! Con tal barbarie debía inaugurarse la persecucion contra Jesucristo y su reinado.

Mas apartemos los ojos de esta escena de carnicaje y de ferocidad inmensa, y fijemos por un momento en el resultado de esta atroz medida, que llena de luto y desesperacion la ciudad y las cercanias de Belen y de aquella desolacion y espanto que caerán después sobre ella; cuando las madres hambrientas y mas bárbaras que el mismo Heródes, devoraran á sus propios hijos. ¿Qué saca ese príncipe impio de abrevarse de inocente sangre? Esas rosas nacientes, segadas en el umbral de su vida por la cuchilla del perseguidor; esas primeras víctimas de Cristo, ese tierno é inocente rebaño inmolado á su gloria, jugará con sus palmas y coronas inmarcesibles ante el altar eterno, como un cándido coro que precede al triunfo del cordero sin mancha, cuya sangre abre ya á estas almas puras las puertas del Eden inmortal. ¿Y Jesús? Jesús á quien solo busca, es el único que se le ha escapado. Entre esos arroyos de sangre, el Hijo de una Virgen, único objeto de tanta barbarie, sustráese solo de la crueldad del tirano, al modo que Moisés, figura de Jesucristo y libertador de su pueblo, escapó solo de los edictos inhumanos de un rey bárbaro y obeceado. Así lo canta la Iglesia que milita acá en la tierra, y ha tenido que luchar siempre oponiendo su mansedumbre y caridad inagotable á la ferocidad de tantos Heródes. La sangre de los párvulos de Belen es el primer arroyo de la sangre cristiana que ha de correr á torrentes por los suplicios y anfiteatros, atravesando todos los siglos por entre la cruel impiedad de los enemigos de la cruz, y que hemos visto llegar tambien hasta nuestro siglo; sangre que será siempre un vivo recuerdo de la derramada por el Redentor, precedida por la que manó de las inocentes venas de los santos niños.

No tardó este bárbaro príncipe en sufrir el castigo providencial de este crimen y de los muchos con que habia ya manchado sus manos. Suspirar é inconstante, cambió muchas veces el órden de sucesion entre sus

otros hijos. Odiado de los judíos, habia reunido los principales de la nacion con el designio de hacerlos inmolarse en su último dia, á fin de que se llorase en toda la Judea en el momento de celebrarse sus funerales. Atacado por último de una horrible é incurable enfermedad, fué atormentado de inauditos dolores, y pereció como herido por la mano justiciera de la Providencia.

Mas antes de pasar adelante, echemos una triste ojeada sobre los desterrados del Egipto. María no habia pasado aún por los horrores de la indigencia. ¡Cuántas privaciones, cuántas penas, á que no estaba acostumbrada la hija de los príncipes de Israel, tendria que sufrir en el largo discurso de siete años de larga permanencia en aquel país del destierro! ¡Cuántos trabajos y fatigas costaria á ella y á su casto esposo procurarse el preciso sustento para su existencia miserable! Y aun este preciso sustento, ¡cuántas veces debió faltarles! Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, citado por Orsini, el Niño Jesús, acosado por el hambre, pidió pan á su Madre, que no podia darle otra cosa que sus lágrimas!

Ved ahí, pues, una série prolongada de dolores y de martirios para María, en los que apenas se fija la atención. Y nótese de paso, y admírese la conducta de estos santos esposos, que nada hacen por sí mismos, y se dejan en todo conducir por Dios, quien parece que les haya abandonado hasta el último apuro. ¡Cuántos reparos parece se hallaban autorizados á hacer presentes, ya con respecto á sí mismos, ya mas aún con respecto á Jesús! ¡Oh abismo de humillación, de obediencia y de conformidad! A pesar de las estremadas congojas que les rodean en Egipto, pobres, tristes, desamparados de todo humano socorro, no toman por sí mismos medida alguna para salir de allí, ni aun dirijen súplicas á Dios para que les acorte aquel destierro, y aguardan tranquilos que un ángel vuelva á anunciarles la voluntad de Dios. Muerto Heródes, y reinando su hijo Arquelao en la Judea, el ángel mismo que se habia aparecido á José para indicarle la huida, viene á aconsejarle la vuelta. "Levántate, le dice, toma al Niño y á su Madre, y vuelve al país de Israel, porque los que buscaban al Niño para quitarle la vida, ya no existen." José obedeció al momento; pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en la Judea, temió ir allí, y por otro aviso del cielo se retiró á Nazareth en la Galilea, en donde el nacimiento de Jesús no habia hecho tanto ruido como en Jerusalem. En Nazareth es donde pasó Jesús cerca de treinta años de su vida en el silencio y en el retiro, lejos de la vista de los hombres: allí vivia la familia santa en el trabajo y en la humildad, ennobliciendo las obras mas despreciadas, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo, que el orgullo del mundo mira con ojos

de desprecio, y dando así á la vida mas oscura el poder secreto para llegar á una gloria y á una felicidad inmortales. El Cristo, Dios hecho hombre, se dignó conocer por sí mismo el hambre, el trabajo y la muerte, estas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y las dejó subsistir despues de él, á fin de hacernos conocer cómo se deben soportar para vencerlas un dia, y trocar todas estas necesidades humillantes por otros tantos ilustres títulos á una vida mejor y mas durable. Pero volvamos á la inocente familia en su vuelta á Nazareth.

Los corazones de los dos castos esposos debieron ensancharse al divisar otra vez el país de Canaan, y ni aun se habla de las penalidades y fatigas del viaje, pues cuando se regresa á la patria, el gozo del corazón alegra las mismas penas y todo lo embellece la esperanza. Comparado aquel suelo idólatra y embrutecido en sus prácticas infames, con el pueblo, agreste sí, pero marcial y franco de Israel, ennoblecido por la pureza y gravedad de su culto; el interior de los santos esposos debia sentir aquel placer que solo conoce el que ha llorado lejos de su patria cuando la vuelve á abrazar. La humilde familia, en medio de las sinceras felicitaciones de sus deudos, debió pensar en la reparacion de su casa por largo tiempo abandonada, restablecer el taller de José, único patrimonio que les quedaba. Jesus, jóven todavía, prestaba el auxilio de sus brazos en los trabajos de su padre representativo, y á costa de las mayores privaciones y fatigas, llegaron á procurarse lo precisamente necesario.

Jesus, que era fuente de toda ciencia, pues en él residia la Divinidad, quiso sin embargo ocultar sus divinos resplandores bajo la corteza terrestre, y mostrarse en todo como los demas hombres. Así, pues, no desdenó en su infancia el recibir las lecciones de su santa Madre, la cual con aquella dulzura que penetra á un tiempo en el pensamiento y en el corazón, le inculcaba los preceptos de la ley del Señor, y ensayaba sus tiernos labios en cantar sus alabanzas. ¡Bello ministerio el de las madres el dar mezclada con el alimento del cuerpo, la leche pura de las primeras verdades que nutren el espíritu! Entre los besos y las caricias maternales se inspiran con sencillez aquellas ideas sublimes que se arraigan en el corazón y que forman á los grandes hombres. El amor es el preceptor mas poderoso y persuasivo, y la madre á quien es dado el privilegio de amoldar, por decirlo así, el alma del hijo, en medio de los cuidados del cuerpo, puede hacerse muy digna delante de Dios, formando el espíritu del niño á los principios de la verdad y á los hábitos de la virtud, cooperando en cierto modo, con respecto á Dios, al perfeccionamiento de su obra. ¡Madres cristianas! ¡Grandes deberes os quedan que cumplir sobre la tierra, y grandes recompensas os aguardan!

El Niño Dios no necesitaba de la miserable ciencia de los hombres. Ademas, en la corrompida Sinagoga dominaba, como en nuestras escuelas, el espíritu de sutileza y de sofisma. No tardó muchos años en demostrar la mas cruel esperiencia, cuan maliciosamente alterado se hallaba en aquellos orgullosos doctores el conocimiento de la ley, cuya natural interpretacion les ofuscaba la corrupcion de sus corazones. Dominaban en la Sinagoga diversas sectas y sistemas, injertos la mayor parte de los errores del gentilismo, y la clara luz del cumplimiento de las profecías se hallaba sofocada por las cavilaciones y por la terquedad del espíritu privado de cada uno, especie de protestantismo anticipado, que aun antes de aparecer en su plenitud la verdad, procuraba desfigurarla en su espectacion. Los judíos, que niegan la divinidad de Jesus, le suponen en sus primeros años discípulo de un rabino célebre llamado Josué, hijo de Perachia que habia estudiado con Akiva. Sin embargo, como observa el curioso Orsini, esta asercion es completamente inexacta, por cuanto Akiva, aunque muy célebre entre los judios, no vivió hasta en el imperio de Adriano, mas de cien años despues de la muerte de Heródes y de Jesucristo. Los mismos judios le reconocieron como á un jóven sin estudios, cuando, maravillados de verle discutir en el templo, decian: "¿Como sabe éste las letras sagradas sin haber estudiado?" Y respondia Jesus: "Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado."

El que vino, pues, para rectificar la ley y para dar luz al mundo, no podia ni debia necesitar de las miserables inspiraciones humanas, semejante á uno de los cedros del Líbano, que crecen espontáneos sin cultivo y sin ayuda alguna de la mano del hombre, y levantan por sí solos su erguida copa hasta las nubes como gigantes de los bosques. El alma de Jesus pasaba horas enteras absorta en la contemplacion de la naturaleza, comunicando con Dios acerca de los vastos designios que estaban destinados á su mision divina. La santa Madre le contemplaba y respetaba estas meditaciones profundas, en las cuales se interesaban los destinos del mundo; y aunque al considerar á éste vencido y postrado ante su Hijo, su alma santa iba á entregarse al júbilo por aquel porvenir de gloria... de repente, dice Orsini, la profecia del anciano del templo, se presenta lúgubre como un ataud en el fondo de esta perspectiva encantadora: un estremecimiento involuntario corria por las venas de la pobre Madre, y su corazón, que tanto ardía en el amor de Jesus, se deshacia en pesares infinitos. Gritábala una voz secreta: ¡Es necesaria una expiacion por medio de sangre, es preciso que muera el Cristo! Entonces, dejando el humilde trabajo á que le obligaba su indigencia, la Hija de David iba á buscar á su Hijo, pues tenia necesidad de verle,

de asegurarse con un abrazo maternal que él estaba todavía allí, que vivía aún!

José y María iban todos los años de Nazareth á Jerusalem, para celebrar allí la fiesta de la Pascua, y hacían aquel viaje con mas libertad desde el destierro de Arquelao y la ocupacion de los romanos. Llegado Jesus á la edad de doce años, se lo llevaron consigo, partiendo junto con otras muchas familias nazarenas, formando varios grupos, según la edad, el sexo y las relaciones de familia y amistad. Tal vez el jóven Jesus iba en compañía de otros muchachos de su edad, que con el tiempo debían ser sus apóstoles; pero ni en su conversacion afectaba aire de superioridad, ni de austeridad, ni de ciencia; pues lleno de todos los dones del cielo, nada tenia que afectar, y antes bien, procuraba con noble candor y afabilidad templar el resplandor de sus penetrantes miradas que profundizaban hasta el pensamiento, como templaba Moisés los rayos de su frente al salir del tabernáculo. Llegados despues de cuatro jornadas de camino, entre la afluencia de judíos extranjeros que de todas partes acudían, se reunieron para celebrar la comida pascual, y finida esta antigua ceremonia que recordaba tantas maravillas, se reunieron otra vez para regresar á su provincia; y como se seguía el mismo orden de la venida, no advirtieron los dos esposos la ausencia de Jesus, pues cada cual le creía en compañía del otro; hasta que, llegada la noche, y reunidos en la posada todos los viajeros, se halló faltar el jóven Jesus. Déjase concebir cuánto fuese el dolor y la angustia de los aflijidos esposos, pues aquella noche no tuvieron descanso, buscándole sin cesar por las llanuras y torrentes, y temiendo por su vida ó por su libertad. Al amanecer del día siguiente volvieron á la ciudad santa, cuyos barrios recorrieron sin reposo, hasta que fatigados entraron en el pórtico del templo, en donde se reunían los doctores de la ley, y en donde habia un niño que dejaba á todos asombrados por la profundidad de sus discursos y con la exactitud de sus respuestas, resolviendo las cuestiones mas difíciles con una facilidad admirable. Sentado en medio de aquella docta asamblea, les instruía en los puntos mas importantes de la ley, les enseñaba, no como maestro, pues no queria apartarse de la modestia que á los niños conviene, sino haciendo preguntas y dando respuestas tan luminosas y sábias, que tenia asombrados á todos los circunstantes.

Jesus hasta entónces tan obediente á sus padres, se oculta de ellos, les deja partir, y quédase en Jerusalem sin que ellos lo sepan. No se le ocultaba la inquietud que les causaria, sobre todo á su santa Madre. Sin embargo, Jesus se place en ser buscado por los que le aman; muchas veces abandona en apariencia á sus almas queridas, para probar mejor

las ansias con que le buscan y le desean, y purificarlas en el crisol de la perfeccion. Acércasele, pues, la Madre con un ademán de ternura mezclado de pesar, y le dice con dulzura: "Hijo mio; ¿por qué así te has portado con nosotros? Hé aquí tu padre y á mí que te buscábamos oprimidos de pena y de dolor." "¿Por qué me buscáis? respondió secamente el Hijo de Dios, ¿no sabéis que debo ocuparme de lo que concierne al servicio de mi padre?" Misteriosa era la respuesta; y en aquel momento José y María no penetraron toda la estension del sentido de aquellas palabras. La increpacion de la madre estaba llena de ternura y tenia derecho para hacerla, y él, lejos de ofenderse, quedó por ella satisfecho. Una santa familiaridad con Jesus dá ciertos derechos que no permitirían el amor ni el respeto. Las almas buenas le piden á veces con libertad las razones de la conducta que con ellas guarda; le hacen presente con humilde sencillez la afliccion que les causa, y él se complace con esta confianza, lejos de resentirse por ella. Dios no se parece á los hombres, para quienes son menester ceremonias y precauciones. Gusta de aquel cierto atrevimiento que nace de la sencillez; y el lenguaje del amor que trata con él casi como un igual, le agrada mucho mas que el comedido lenguaje del respeto. Pero este lenguaje y estas dulces reconversiones no están permitidas sino á madres, á esposas, á hermanos, á hermanas de Jesucristo; es decir, como lo explica él mismo, á los que hacen en todo la voluntad de su Padre celestial. Esto es lo que autorizaba la santa libertad de María, mucho mas que su título y su calidad de madre.

Mas como en esta ocasion, no escuchando sino su afeccion maternal, consideró ella á Jesucristo tal vez con algun exceso según su naturaleza humana; su Hijo, que queria elevarla mas á la consideracion de su naturaleza divina, y darle la primera idea de las funciones que le habia encargado su Padre para con los hombres, dió aquella respuesta á ella y á José. Como si les hubiese dicho: Vosotros debíais elevaros sobre lo que veis en mí de humano, considerar el ministerio para el cual me envió mi Padre á la tierra, y la necesidad en que me hallo de preferirlo á las mas legítimas afecciones. Y acompaña estas palabras con un tono de gravedad y con un aire de majestad divina, que en un niño de su edad debió dar á conocer á cuantos le escuchaban, que habia en él algo de extraordinario é infinitamente superior al hombre. De este modo se manifestó públicamente, bien que de una manera encubierta, por el Mesías; y esta contestacion, añadida á los admirables discursos que habian precedido, daba mucho que pensar sobre su persona. Además, él queria preparar muy anticipadamente á su Madre á verle como le dejaría un día, y en algun modo desconociéndola, en todo el decurso de su predicacion. De

esta manera arrojaba los primeros rayos de aquella luz de la que llenó mas tarde el templo, Jerusalem, la Judea y el mundo entero.

La humilde familia regresó solamente á Nazareth. Del hueco de este peñasco sin nombre, la pobre mansion de José, fluyó el sencillo cristianismo, manantial oscuro, en espresion del señor Lamartine, gota de agua desconocida, en que dos pajaritos no hubieran podido apagar su sed, que un rayo de sol habria podido secar, y que en el día de hoy, semejan- te al grande Océano de los espiritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus aguas inagotables lo pasado, lo presente y lo venidero.

De la permanencia de Jesus bajo el techo de sus padres en Nazareth, nada dicen los libros santos, sino que les estaba sumiso. A esto se reduce la explicacion de todos los medios con que preparaba el Hombre Dios el grande acontecimiento que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Con esta sumision daba Jesus á todos los hijos el ejemplo de una obediencia respetuosa á las órdenes de sus padres. De otra parte José y Maria se portaban hácia él con una autoridad mezclada de veneracion, sirviendo de modelo á aquellos que hallan bajo sus órdenes á hombres inferiores por su rango y superiores por el mérito. Este mando, lleno de dulzura y de justicia, esta obediencia llena de alegría y de respeto, esta vida humilde, laboriosa y resignada, tal es el ejemplo dejado por la santa familia, para dispensar al rico de engreirse, al pobre de avergonzarse, á los poderosos de abusar de su fuerza, á los pequeños y á los débiles de desesperarse, á todos los hombres de colocar sobre la tierra el objeto final de sus esfuerzos. ¡Cosa digna de meditacion y que nos enseña á estimar en su verdadero valor lo que se llama la gloria! En el silencio y en la oscuridad de esta vida de Nazareth todo esta cubierto con un velo, á escepcion de este rayo de sabiduria que el Verbo Eterno deja escapar en medio de los doctores, como para iluminar el horizonte de las inteligencias debilitadas, y preparar los ojos de su patria al sol del Evangelio.

Parece que en este intervalo de la vida de Maria, hasta la predicacion de su Hijo, época perdida para el mundo, pasó ésta los dias mas apacibles y tranquilos, al lado de su Hijo, el cual al paso que la iniciaba gratamente en la profundidad de los misterios divinos y en las grandezas de su mision augusta, gustaba tambien que su propia alma reflejase humanamente las dulces y eminentes virtudes de Maria, dejando y complaciéndose en que esta Madre purísima amoldase su tierno corazon á las suaves y compasivas afecciones hácia la inocencia, la niñez, la debilidad, el desamparo, y sobre todo hácia el pecador arrepentido: como el cielo que se

place en embalsamarse con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Si alguna vez en estas mútuas confianzas hablaba Jesus de tormentos venideros, anublábase por un momento la pura frente de la Madre con el recuerdo cruel del santo viejo. Pero bramaba aun de lejos la tempestad, y tal era el embeleso de Jesus, que una sola de sus miradas volvian la serenidad en el semblante de Maria. Entre las dulcísimas delicias del amor maternal perturbábase siempre en el fondo del alma un eco lejano de dolor, para darnos á entender que aun en las mas puras y légitimas alegrías de la vida debemos de percibir una gota de amargura que queda siempre en el fondo del cáliz de nuestros placeres.

Parémonos un momento, empero, en considerar la simplicidad de la vida de Maria en el pobre albergue de Nazareth, de la cual las almas piadosas y meditativas han sacado ricos tesoros de edificacion y de doctrina. Maria pasa allí una vida comun, una vida oscura y oculta, una vida laboriosa, y al mismo tiempo una vida la mas santa, la mas grata á Dios que haya llevado criatura alguna sobre la tierra. Estamos tan acostumbrados al ruido del mundo, que hasta la santidad nos parece mas elevada cuanto mas brillante, y nos cuesta trabajo el separar de lo sumo de la perfeccion la idea del aparato y del estrépito. No es preciso, por cierto, que se descorra á nuestros ojos el velo de lo futuro, ni que las leyes de la naturaleza se alteren á nuestra voz, ni que, como águilas de inteligencia, remontemos el vuelo del pensamiento á regiones desconocidas, ni que el Señor nos llame á la profundidad de los desiertos para hacernos padres de grandes pueblos, para ser gratos á su presencia. En el fondo del alma tiene cada uno el principio de santidad y de verdadera gloria.

Maria lleva una vida comun, y está tan contenta en llevarla, que la prefiere á todo lo singular y extraordinario. Pasaron ya las revelaciones y los milagros: ella ha vuelto á entrar en el órden comun, y por ello se felicita. Maria ya no recibe mensajes del cielo; ya no suscita Dios para ella Elisabeth, Zacarias y Simeones, que le descubren sus altos destinos. Héla convertida ya en una simple muger que cuida de su casa en una aldea. Su oracion es tan sencilla como sublime: ella misma ignora lo que allí pasa, y ni aun se permite reflexionar sobre ello. Cuanto mas sensible es el recogimiento, tanto mas percibe y gusta la presencia de Dios. Ruega siempre, pero con el corazon, ni nada de notable se observa en sus ejercicios de piedad. Las otras mugeres que la visitan, nada ven en ella que les llame la atencion para esclamar: Hé aqui una muger extraordinaria; y si Maria hubiese sido capaz de complacerse en algo, se hubiera complacido en esta vida comun que la confundia con la multitud. Maria, por fin,

llevaba una vida laboriosa. No hemos de figurarnos que María estuviese siempre en oración, ni abismada en éxtasis contemplativos. Lejos de ella aquella muelle y ociosa piedad á que se dedican tantas mugeres ricas, enemigas del trabajo, porque no lo necesitan para vivir. María no tenía tiempo para orar así, y cuando nita, en el templo, podia dedicarse mas á la contemplación que ahora que se halla ya ser Madre de Dios. La mantención y el aseo de su Hijo y esposo y el arreglo de la casa le absorbían gran parte del día; pero en su trabajo, que era casi continuo, no perdía la presencia de Dios ni la paz del corazón que es la felicidad del justo, y consagraba á la oración los momentos que tenía libres. La santidad no descuella siempre en el mundo como los cedros: á veces corre silenciosa como el arroyo que refleja la luz del cielo, deliziándose en los plateados hilos por entre la yerba de los prados.

Es comun opinion que Jesus se hallaba á los 29 años de su edad, cuando el varon justo y puro que fué escogido para esposo de la Virgen Maria, dejó esta tierra, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos habia guiado y de cuya infancia habia sido protector. La muerte, pues, vino á diezmar esta santa familia; y el patriarca, reflejo puro de las antiguas costumbres, y de la fé y sencillez de Abraham y de Jacob, durmióse dulcemente en el ósculo del Señor, entre los brazos de su Hijo adoptivo y de su casta esposa. Sin duda que espiró José en aquella paz traída del cielo que los ángeles anunciaron sobre el pescbre del Salvador en Belen, y por esto se le invoca por todo el pueblo cristiano como al poderoso intercesor para una muerte feliz, y es en la iglesia el objeto de un tierno y respetuoso amor. El Señor quiso cortar el hilo precioso de esta vida cargada de méritos y virtudes, y aborrar al que habia tomado como padre los prolongados martirios que le aguardaban en la persecucion y muerte de Jesus, el amado de sus entrañas. Las dos victimas quedaban en la tierra, Jesus y María, para sufrir los rigores de la grande expiacion que habia de salvar el mundo.

El hijo ilustre de David murió sin que el mundo apenas lo percibiese: sus funerales fueron humildes como habia sido su fortuna. La muerte de los potentados de la tierra es fastuosa como el orgullo de su corazón, pero ¿quién de los ricos de la tierra moria entonces con esperanzas tan magníficas mas allá de la tumba? El llanto de María, derramado sobre el feretro de José, y el Hijo de Dios presidiendo el sencillo duelo, pregunta Orsini, y con razon, ¿qué emperador obtuvo jamas tales exéquias?

María, probada ya por esta pérdida sensible, debia muy presto prepararse para otros dolores. Llegado habia el tiempo en que el Hijo de Dios iba á esparcir su doctrina, y á provocar aquellas contradicciones henchidas

de odiosa envidia, que el viejo Simcon habia predicho. Jesus, despues de haberse despedido tiernamente de su santa Madre, á la cual descubrió el ministerio público que iba á ejercer, salió de Nazareth para las orillas del Jordan, á recibir el bautismo de manos de su precursor, y á empezar por el ayuno y la oración su predicación evangélica. Figúrense las almas sensibles lo que sufriria la de la mas amorosa de las madres en tan amarga separación. Jesus, lanzado sin apoyo, sin recursos, en medio del mar tormentoso del mundo judaico, en donde habian naufragado tantos y tan ilustres profetas, entre las envidias, los odios, las venganzas de los magnates y doctores y los caprichos de un monarca sanguinario! Dejó partir á Jesus arrancándosele el corazón: mostróse dócil á las órdenes del cielo; pero su alma estaba dilacerada de dolor. Ausente Jesus, empezó á probar bajo su techo solitario aquella soledad cruel que oprime, como un peso sofocante, todos los momentos de la vida, y no deja ni aun en el sueño; soledad de sobresalto y de zozobra por el peligro que corre el bien que se ama; soledad precursora de la que habia de abismar en un mar de angustias su alma bendita, cuando debió llorarle abismado en el desierto del sepulcro, así como le lloraba entonces hundido en la soledad de las montañas.

“Prolongóse la ausencia de Cristo, dice Orsini: la Virgen supo que se habia internado en las altas y estériles montañas inmediatas á Jericó, para prepararse á la grande obra de la salvación del mundo con el ayuno, la meditación y el ruego. ¡Cuánto debió padecer al pensar que Jesus iba errante por una region silvestre y desolada, en que el águila encuentra apenas una mata de musgo para su nido, en que los senderos corren entre precipicios cuya profundidad ocasiona vahidos, y en que todo es piedra y fuego! ¡Qué angustia cuando la tempestad bramaba á los lejos! ¿Dónde estaba Jesus, qué hacia solo y sin abrigo en la montaña? Ningun medio de salvarse, si le resbalaba el pié á la orilla de un abismo; ningun socorro, si durante este ayuno tan completo, tan largo y tan desproporcionado á las fuerzas de la naturaleza, ¡caía de flaqueza en el camino! Estos cuarenta dias fueron para María cuarenta siglos: para la inquietud maternal cada minuto pasado en esta zozobra, es una dolorosa eternidad. Pero Jesus volvió á Nazareth con sus discipulos, y su presencia hizo renacer la calma en el corazón afligido de su Madre.”

Poco tiempo despues se celebraron unas bodas en Caná, pequeña aldea situada sobre los confines de la Galilea y de la Fenicia. Como los esposos estaban unidos con la Santa Virgen con vinculos de parentesco, la convidaron junto con Jesus y sus discipulos. Los convites de regocijo lejos de estar prohibidos, son conciliables hasta con la santidad, y hay